

tendrá mucho gusto en ello; estoy seguro. Mr. Pickwick —añadió, presentando á las damas;— lady Snuphanuph, mistres la coronela Wugsby, miss Bolo.

Mr. Pickwick saludó, y viendo que era imposible escapar, se resignó; Mr. Pickwick tenía por compañera á miss Bolo, y jugaba en contra de lady Snuphanuph y de la coronela Wugsby.

A la segunda jugada dos jóvenes damas acudieron á la sala y se colocaron á cada lado de Mistress Wugsby, donde esperaron paciente y silenciosamente á que el juego concluyera.

—¿Qué hay? — dijo mistress Wugsby, volviéndose hacia una de las jóvenes.

—Mamá — respondió en voz baja la más joven y la más bonita de las dos, — venía á preguntaros si puedo bailar con el joven Mr. Crawley.

—¿Pero en qué piensas, Juana? — respondió la mamá con indignación; — ¿no has oído decir cien veces que su padre no tiene más que ochocientas libras esterlinas de renta, y eso vitalicia? Niña, me haces avergonzar. No; no bailes bajo ningún pretexto.

—Mamá — cuchicheó la otra señorita, que era mucho más vieja que su hermana y tenía un ademán insípido y artificial; — lord Mutanhed me ha sido presentado; he dicho que no estaba comprometida para bailar con otro.

—Eres una buena chica, y se puede una fiar de ti, — respondió mistress Wugsby, dando con su abanico un golpecito en la mejilla de su hija. — Es inmensamente rico, hija mía.

Al decir esto, mistress Wugsby besó tiernamente á su hija mayor, amonestó á la segunda con un fruncimiento de cejas, y barajó sus cartas.

¡Pobre Mr. Pickwick! Hasta entonces no había jugado nunca con tres viejas tan buenas jugadoras. Tenían una habilidad espantosa; si jugaba mal, miss Bolo le asesinaba con la mirada; si se detenía para reflexionar, lady Snuphanuph se recostaba en la silla y sonreía mirando con impaciencia á mistress Wugsby; á esto respondía la coronela alzando los hombros y tosiendo como para preguntar si acabaría Mr. Pickwick de pensar. Había además personas que venían á mirar el juego y á intimidar á Mr. Pickwick. Todo esto, combinado con el ruido y las constantes interrupciones de los que iban y venían, hizo que Mr. Pickwick jugase verdaderamente mal. Al fin, al dejar la mesa de juego á las once de la noche, miss Bolo se levantó con una agitación espantosa y se fué llorando á una silla de manos.

Mr. Pickwick encontró á sus amigos, que aseguraron haber pasado una noche muy agradable. Volvieron jun-

tos á *El ciervo blanco*, y habiéndose distraído el filósofo de sus infortunios por tomar algo caliente, se acostó y durmió inmediatamente.

CAPITULO XXXVI

Ocupado principalmente por una auténtica versión de la leyenda del príncipe Bladud, y por una calamidad muy extraordinaria de que fué víctima Mr. Winkle.

Proponiéndose Mr. Pickwick estar por lo menos dos meses en Bath, creyó conveniente tomar para él y sus amigos una casa particular. Tuvo la buena fortuna de obtener por un precio moderado la parte superior de una de las casas inmediatas al Crescent, y como había allí más habitaciones de las que los pickwickianos necesitaban, mister y mistress Dowler le ofrecieron tomar para ellos una sala y una alcoba. Esta proposición fué aceptada, y desde el tercer día, los dos asociados se instalaron en su nuevo domicilio. Mr. Pickwick empezó entonces á tomar las aguas con gran asiduidad. Las tomaba sistemáticamente, bebiendo un cuarto de pinta antes del almuerzo, y subiendo después una montaña; otro cuarto de pinta después del almuerzo, y bajando después otra montaña; y después de cada pinta, mister Pickwick declaraba solemnemente que se encontraba mucho mejor. Los amigos creían esto á pies juntillas, aunque hasta entonces no sospechaban que su amigo padeciese mal alguno.

El gran salón de bebidas es un espacioso recinto, adornado con pilares corintios, con una galería para la música, un reloj de Tompion, una estatua de Nash y una inscripción en letras de oro, en la cual todos los bebedores debían fijar su atención, porque hace un cierto llamamiento á su caridad. Allí se encuentra además un jarro de mármol, donde el mozo sumerge constantemente grandes vasos que parecen tener ictericia, y es un espectáculo edificante ver con cuánta gravedad y perseverancia apuran el contenido de aquellos vasos los bebedores de agua. Cerca están los baños, en los cuales se lava una parte de los enfermos, después de lo cual toca la música para congratularlos de haber salido.

Existe además un segundo bebedero, donde los galanes y damas enfermos son llevados en sillas y sillones.

En fin, hay un tercer bebedero, donde se reúnen las personas tranquilas, porque es menos ruidoso que los demás. Hay en los alrededores sitios donde se pasea con muleta ó sin ella, con bastón ó sin él, y donde se conversa con ingenio ó sin él.

Cada mañana, los bebedores concienzudos, entre los cuales se encontraba Mr. Pickwick, se reunían en el bebedero, tragaban su media pinta y caminaban después en formación. En el paseo de la tarde, lord Mutanbed y el honorable Mr. Crushton, lady Snuphanuph, mistress Wugsby y toda la gente de tono, y todos los bebedores de agua de la mañana se reunían en gran asamblea. Después se paseaban á pie, en coche, en silla de manos, y seguían siempre juntos. Después iban los caballeros al gabinete de lectura, y allí encontraban una parte de la sociedad, después de lo cual se iba cada uno á su casa. En seguida, si era día de teatro, se volvían á encontrar en el teatro; si era día de reunión, se encontraban de nuevo en el salón, y si no era ni una cosa ni otra, no se encontraban hasta el día siguiente; agradable rutina, á la cual se puede tachar de excesivamente monótona.

Después de un día, gastado de este modo, mister Pickwick se ocupaba en contemplar su diario, cuando oyó tocar suavemente á la puerta.

—Os pido perdón, caballero — dijo la dueña de la casa, mistress Craddock; — ¿necesitáis alguna cosa?

—Nada, señora — respondió Mr. Pickwick.

—Mi chica se ha ido á acostar, caballero, y mister Dowler tiene la bondad de permanecer levantado para esperar á mistress Dowler, que debe entrar muy tarde. Mr. Pickwick, yo pienso que, si no se os ofrece nada, me iré á acostar también.

—Haréis muy bien, señora.

—Buenas noches, caballero.

—Buenas noches.

Mistress Graddock cerró la puerta, y Mr. Pickwick continuó escribiendo.

En media hora sus notas salieron á luz. Cuando concluyó de escribir, abrió la gabeta de la mesa para encerrar en ella el tintero. Había en aquella gabeta algunas hojas de papel escritas y liadas. Mr. Pickwick desplegó el paquete, y acercando su silla al fuego, leyó lo que sigue

La verdadera historia del príncipe Bladud

No hace aun doscientos años que se veía en uno de los baños públicos de esta ciudad una inscripción en honor de su poderoso fundador, el célebre príncipe Bladud. Esta inscripción está hoy borrada; pero una vieja leyenda, transmitida de año en año, nos dice que muchos siglos hace, aquel ilustre príncipe, atacado de lepra desde su vuelta de Atenas, huía de la corte de su padre, y se reunía tan sólo con los pastores y sus cerdos. En el ganado, dice la leyenda, había un puerco de grave continente, por quien el príncipe sentía una extraña simpatía; porque aquel personaje era un sabio, una persona de maneras reservadas y prudentes, un animal superior á sus semejanes; animal cuyo gruñido era terrible, cuya mordida era fatal. El joven suspiraba profundamente al mirar la fisonomía majestuosa del cuadrúpedo. Pensaba en su real padre, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

A aquel puerco inteligente le gustaba mucho bañarse en un fango sucio y verdoso; no en el rigor del verano, como hacen los cerdos vulgares para refrescar, sino en los días más fríos del invierno. La piel del paquidermo estaba siempre tan lisa y su complexión era tan sana, que el príncipe resolvió probar las cualidades purificantes del agua que probaba tan bien á su amigo. Bajo el fango verdoso corrían los manantiales calientes de Bath; el príncipe se lavó allí y se curó. Habiéndose dirigido á la corte del rey su padre, le ofreció sus respetos, y se apresuró á venir aquí para fundar esta ciudad y estos baños famosos.

Primero buscó al cerdo con todo el ardor de una antigua amistad; pero ¡ay! aquellas aguas famosas habían sido causa de su pérdida. Había tomado un baño á una temperatura demasiado elevada, y el filósofo, sin saberlo, había perecido. Plinio, que le sucedió en la filosofía, pereció igualmente víctima de su ardor por la ciencia.

Tal era la leyenda; escuchad la verdadera historia.

El famoso Lud Hudibras, rey de la Gran Bretaña, vivió hace muchos siglos. Era un monarca temible. La tierra temblaba bajo sus pisadas; tanta era su gordura; sus pueblos podían apenas resistir al brillo de su faz; tanto era su brillo. Era rey, desde los pies á la cabeza, y esto es mucho decir; porque si no era muy alto, era muy grueso, y su inmenso volumen compensaba la falta de talla. Si algún príncipe degenerado de los tiempos modernos podía sin duda comparársele, era sin duda el rey Cole, único que merecía esta gloria.

Este buen rey tenía una esposa, que diez años antes

había tenido un hijo, á quien puso por nombre Bladud. Le habían colocado en una escuela preparatoria de los Estados de su padre, hasta la edad de diez años; pero entonces le habían enviado con un fiel mensajero á concluir sus estudios en Atenas. Como no había que pagar suplemento para permanecer en el colegio los días de fiesta, ni se hacía salir en época determinada á los alumnos, el príncipe estuvo allí ocho años, después de los cuales, el rey su padre mandó al lord chambelan para pagar sus gastos y traerle á la casa. El lord chambelan ejecutó hábilmente aquella difícil comisión, fué recibido con aplausos y pagado sin dilación.

Quando el rey Lud vió al príncipe su hijo, y notó que estaba hecho un hombre, comprendió desde luego que convendría mucho casarle inmediatamente, á fin de que sus hijos perpetuaran la gloriosa raza de Lud hasta las últimas edades del mundo. Con este motivo arregló una embajada extraordinaria de palaciegos que no tenían nada que hacer y deseaban tener empleos lucrativos; después los envió á un rey vecino para pedirle en matrimonio á su bella hija, y para declararle al mismo tiempo que como rey cristiano deseaba vivamente conservar las relaciones más amistosas con el rey su hermano y su amigo; pero que si el matrimonio no se arreglaba, se vería en la penosa necesidad de hacerle una visita acompañado de un ejército numeroso.

El otro rey, que era menos fuerte, respondió que estaba muy agradecido al rey su hermano, por tanta generosidad y benevolencia, y que su hija estaba dispuesta á casarse tan pronto como el príncipe Bladud quisiera venir por ella para llevársela.

Desde que llegó esta respuesta á Inglaterra, toda la nación deliró de alegría; no se oía otra cosa que la algazara de las fiestas, y también el dinero que hacía el ruido en los sacos de los recaudadores encargados de cobrar al pueblo el impuesto necesario para el coste de aquellos festejos.

El rey Lud, que estaba en aquella ocasión sentado en el trono de la sala del Consejo, se levantó lleno de alegría y mandó traer los mejores vinos. La ignorancia de los autores legendarios atribuye este acto de gracia al rey Cole.

En medio de los regocijos del festín, había un individuo que no bebía cuando el vino resplandecía en los vasos, que no bailaba cuando los instrumentos músicos marcaban el compás de la danza. Era el mismo príncipe Bladud, por cuya felicidad vaciaba el pueblo sus bolsillos y llenaban los cortesanos su gacinate. ¡Ay! el príncipe, olvidando que el ministro de Negocios extranjeros tenía el derecho de enamorarse por él, lo había

hecho ya por cuenta propia, contrariando las leyes de la diplomacia, y amaba á la hija de un noble ateniense.

Aquí encontramos un palpable ejemplo de una de las numerosas ventajas de la civilización. Si el príncipe Bladud hubiera vivido en nuestros días, se hubiera casado sin escrúpulo con la princesa elegida por su padre, y hubiera procurado librarse de ella á la mejor ocasión, haciéndola morir de pena por un encadenamiento sistemático de desdenes é injurias; después, si la tranquilidad de su sexo y la conciencia de su inocencia la hubieran dado fuerzas para resistir á tan malos tratamientos, hubiera buscado alguna otra manera de matarla y librarse del escándalo. Pero ninguno de estos medios se ofreció á la imaginación del príncipe Bladud; se limitó á pedir una audiencia privada á su padre y á contárselo todo.

Es antigua prerrogativa de los soberanos gobernar todas las cosas, excepto sus pasiones. Por consiguiente, el rey Lud se llenó de violenta cólera; tiró la corona al suelo, cayó de cabeza, se dió un golpe en la frente, y preguntó al cielo ¿por qué su propia sangre se revelaba contra él? Y finalmente, llamando á sus guardas, dió orden de encerrar á su hijo en una torre; tratamiento especial que los reyes de otros tiempos empleaban con sus hijos, cuando las inclinaciones matrimoniales de éstos no se acomodaban á su voluntad.

Después de estar encerrado en la torre durante un año entero, sin que sus ojos viesen otra cosa que una muralla de piedra, el príncipe Bladud empezó á proyectar su evasión, gracias á la cual consiguió escaparse después de un mes de preparativos, dejando su cuchillo de mesa en el corazón del carcelero, porque temía que aquel pobre diablo, que tenía familia, fuese acusado de complicidad y castigado severamente.

El monarca se puso furioso cuando supo la evasión de su hijo; no sabía sobre quién descargar su cólera, cuando vió casualmente al lord chambelan que había traído al príncipe de Atenas, mandó que al momento le quitaran su sueldo y su cabeza.

El joven príncipe, hábilmente disfrazado, vagaba á pie por los dominios de su padre, sostenido y regocijado en todas sus provincias por el dulce recuerdo de la joven ateniense, causa inocente de sus desdichas. Un día se detuvo en un pueblo para descansar; bailaba la gente en la plaza, y la alegría brillaba en todos los rostros. El príncipe se aventuró á preguntar cuál era la causa de tanta alegría.

¡Oh forastero! — le dijeron; ¿no conocéis la última proclama de nuestro gracioso soberano?

—¿La proclama? no; ¿qué proclama? — contestó el príncipe, que no había viajado sino por caminos de travesía, y no sabía nada de lo que pasaba en los grandes caminos.

—Pues bien — dijo un aldeano; — la joven extranjera con quien nuestro príncipe quería casarse, se ha casado ya con un noble de su país, y el rey publica el hecho y ordena que haya grandes fiestas públicas; porque ahora, sin duda, el príncipe Bladud volverá para casarse con la princesa que su padre ha elegido, y que según dicen es tan bella como el sol. A vuestra salud, caballero. ¡Dios salve al rey!

El príncipe no quiso saber más; huyó y se ocultó en los sitios más solitarios de un bosque vecino. Vagaba sin cesar noche y día, ya al sol abrasador, ya á la luz de la luna, en el calor de medio día y en la niebla de la noche, tan desolado, tan distraído, que creyendo ir en dirección de Atenas, fué á Bath, es decir, que se encontró en el sitio en que esta ciudad se encuentra hoy; porque entonces no había aquí hombres, ni casa, ni establecimiento termal. En cambio existía el mismo paisaje encantador, la misma riqueza de valles y montes, el mismo arroyo corriendo con dulce murmullo. Conmovido por la belleza de semejante escena, el príncipe se dejó caer sobre el césped, y bañó con lágrimas sus pies hinchados por el cansancio.

—¡Oh! — exclamó retorciéndose las manos y levantando sus ojos al cielo: — ¡oh, si mi carrera fatigosa pudiera terminarse aquí! ¡Oh, si estas dulces lágrimas que me arranca un amor mal correspondido pudieran correr en paz para siempre!

Su voto fué oído. Era el tiempo de las divinidades paganas, que tomaban las cosas al pie de la letra con una solicitud muy modesta. El suelo se abrió bajo los pies del príncipe, cayó en un abismo que se cerró inmediatamente sobre su cabeza; pero sus lágrimas ardientes continuaron corriendo, y continuarán por siempre, regando abundantemente la tierra.

Es de notar que desde entonces, un gran número de damas y galanes, que llegan á cierta edad sin haber podido conseguir pareja, van anualmente á Bath á beber las aguas y pretenden adquirir con ellas mucha fuerza y consuelo. Esto hace honor á las lágrimas del príncipe Bladud, y la veracidad de esta leyenda lo confirma singularmente.

Mr. Pickwick bostezó muchas veces al llegar al final de aquel pequeño manuscrito, después lo dobló cuidadosamente y lo volvió á poner en la caja. En seguida, con

expresión de profundo fastidio, encendió una vela y subió la escalera para irse á acostar.

Se detuvo según su costumbre en la puerta de mister Dowler y llamó para darle las buenas noches.

—¡Ah! — dijo Mr. Dowler; — ¿vais á acostaros? Yo quisiera poder hacer otro tanto. ¡Qué horrible tiempo! ¿ois el viento?

—¡Terrible! — respondió Mr. Pickwick; — buenas noches.

—Buenas noches.

Mr. Pickwick subió á su alcoba, y Mr. Dowler volvió á su asiento junto al fuego, para cumplir su promesa de estar levantado hasta la vuelta de su mujer.

Hay pocas cosas que contraríen tanto como esperar á una persona, sobre todo cuando esta persona se está divirtiendo. No podéis menos de pensar que el tiempo que tan lentamente pasa para vos, pasa rápidamente para la persona que esperáis. El tic-tac del reloj parece más lento y más pesado, y os parece que tenéis sobre el cuerpo una túnica de telas de araña. Mr. Dowler, mientras velaba junto al fuego, sentía una violenta indignación contra los danzantes inhumanos que le obligaban á estar en vela. Por último, después de haberse dormido varias veces y haberse apoyado sobre la reja otras tantas, y después de haber retirado el rostro para no quemárselo, Mr. Dowler se decidió á irse á echar un instante en su lecho en la habitación de atrás, no para dormir, se entiende, sino para pensar.

—Tengo el sueño muy difícil — dijo para sí mister Dowler echándose sobre el lecho. — Es preciso que esté despierto; supongo que de aquí sentiré tocar la puerta; sí, siento tocar, ya oigo un coche que se va... se va alejando... ya vuelve la esquina... ¡ah!... ¡ah!

Al llegar á esta conclusión, Mr. Dowler volvió la esquina, alrededor de la cual había vacilado tanto tiempo, y se durmió profundamente.

Precisamente en el momento en que el reloj daba las tres, una silla de manos en que venía mistress Dowler apareció en la calle, balanceada por el viento y por los dos portadores, de los cuales uno era gordo y bajo, y otro alto y flaco; á los dos les costaba mucho trabajo mantenerse perpendicularmente; pero en la plaza, donde la tempestad soplabá con una furia capaz de desarraigar los adoquines, se creyeron muy felices cuando depositaron su carga en el suelo y dieron dos tremendos golpes en la puerta.

Esperaron algún tiempo, pero nadie vino.

—El criado está en los brazos de Amor feo — dijo el mozo pequeño calentándose las manos en la antorcha del galopin que les alumbraba.

—Tocad otra vez — dijo mistress Dowler dentro de la silla; — tocad dos ó tres veces.

El hombre pequeño estaba muy dispuesto á concluir, subió los escalones y dió diez ó doce golpes terribles, mientras el hombre alto se alejaba de la casa y miraba á las ventanas para ver si había luz.

Nadie pareció; todo estaba sombrío y silencioso.

—¡Ah, Dios mío! haced el favor de tocar otra vez — dijo mistress Dowler.

—¿No hay campanilla, señora? — preguntó el mozo pequeño.

—Sí, hay una — interrumpió el chico de la antorcha.

—Hace mucho tiempo que estoy tirando de ella.

—Con el puño, con el puño; el resorte está roto.

—Quisiera poder decir lo mismo de la cabeza de los criados — dijo el mozo alto.

—Hacedme el favor de tocar otra vez — dijo mistress Dowler con mucha política.

El hombre pequeño tocó otra vez sin producir ningún efecto; el hombre alto se impacientó y siguió dando golpes con mucha fuerza y sin cesar como un cartero encolerizado.

Al fin, Mr. Winkle empezó á soñar que estaba en un club y que los socios estaban muy indisciplinados, y que el presidente se vió obligado á dar muchos puñetazos sobre la mesa para restablecer el orden. En seguida tuvo idea de una pública subasta en que nadie quería comprar, y el pregonero lo compraba todo. Por último le vino á la imaginación que alguien estaba tocando á la puerta de la calle. A fin de asegurarse escuchando mejor, se estuvo tranquilo en su cama durante diez minutos, y cuando contó treinta y tantos golpes, se convenció completamente y se congratuló mucho de ser vigilante.

Mr. Winkle, saltando de su lecho, se preguntó lo que debía hacer; después, poniéndose rápidamente sus medias y sus pantuflas, se echó encima la bata, encendió la vela y bajó la escalera.

—Al fin viene gente, señora — dijo el hombre pequeño.

—Yo quisiera estar detrás de él con un pincho.

—¿Quién va? — preguntó Mr. Winkle quitando la cadena de la puerta.

—No paséis el tiempo en preguntas — respondió con desdén el hombre alto, creyendo que era un lacayo. — Abrid la puerta.

—¡Vamos, despachaos! — añadió el otro.

Mr. Winkle, que no estaba despierto sino á medias, obedeció maquinalmente á aquella invitación, abrió la puerta y miró maquinalmente á la calle. Lo primero que distinguió fué la luz roja de la antorcha. Espantado

por la idea de que estuviera ardiendo la casa, abrió de par en par la puerta, elevó la luz á la altura de su cabeza y miró con extravío delante de sí, no sabiendo á punto fijo si lo que veía era una silla de manos ó una bomba de incendios. En aquel momento se levantó una ráfaga de viento; la luz se apagó. Mr. Winkle se sintió empujado por detrás de una manera irresistible, y la puerta se cerró con un violento estampido.

—¡Bien, joven! Muy hábil — dijo el pequeño portador.

Mr. Winkle, distinguiendo un rostro de mujer en la portezuela de la silla, se volvió rápidamente y se puso á tocar con la aldaba muy fuertemente, suplicando al mismo tiempo á los mozos que trajeran la dama.

—¡Llevadla! ¡traedla! ¡gran Dios! ¡Alguien sale de otra casa! Ocultadme, ocultadme. En cualquier parte; en la silla.

Al pronunciar estas palabras incoherentes, temblaba de frío, porque cada vez que levantaba el brazo y el aldabón, el viento levantaba su bata.

—¡A buen tiempo llega esta sociedad! ¡y vienen damas! Cubridme con alguna cosa. Poneos delante de mí — exclamaba Mr. Winkle con angustia.

Pero los mozos estaban muy ocupados en reir para darle el menor auxilio; y sin embargo, las damas se acercaban más de minuto en minuto.

Mr. Winkle dió con desesperación el último aldabazo. Las damas estaban más cerca. Tiró la vela, que durante todo este tiempo había tenido á la altura de su cabeza, y se lanzó hacia la silla de manos, en la cual se encontraba todavía mistress Dowler.

Ahora bien, mistress Craddock había oído al fin las voces y los porrazos. Se puso su gorro y bajó para asegurarse de que era mistress Dowler la que tocaba; acababa precisamente de levantar la hoja de la ventana, cuando vió á Mr. Winkle que se abalanzaba hacia la silla. Al verlo, se puso á dar grandes voces diciendo á Mr. Dowler que se levantara inmediatamente para impedir que su mujer huyera con un caballero.

Al oír estos gritos, Mr. Dowler saltó de su lecho tan rápidamente como una pelota elástica y precipitándose hacia una de las ventanas, la abrió en el momento en que Mr. Pickwick abría la otra. El primer objeto sobre que se fijaron sus miradas fué Mr. Winkle, que entraba en la silla de manos.

—¡Mozo! — exclamó Dowler en tono feroz; — ¡detenedle, agarrotadle hasta que yo llegue. Voy á cortarle la cabeza. ¡Un cuchillo! ¡dadme un cuchillo! ¡Mistress Craddock! ¡dadme un cuchillo!

Aullando de este modo, el esposo indignado se arran-

có de los brazos de la huésped y de Mr. Pickwick, cogió un pequeño cuchillo de postre y se lanzó á la calle.

Pero Mr. Winkle no le esperó. Apenas oyó la horrible amenaza del valeroso Dowler, se precipitó fuera de la silla, tan rápidamente como había entrado, y tirando sus babuchas á la calle para poder correr mejor, dió vuelta á la plaza perseguido por el mozo y Mr. Dowler; pero pudo llegar á la casa sin ser alcanzado. La puerta estaba abierta, entró, atrancándola después en los hocicos de Mr. Dowler, subió á su alcoba, cerró la puerta y la resguardó por dentro con un cofre, una mesa, un lavabo y se ocupó en hacer un paquete de sus efectos indispensables para escapar al amanecer.

Sin embargo, Dowler rugía del otro lado de la puerta, del desdichado Winkle, y por el agujero de la llave le declaraba su firme intención de cortarle la cabeza al día siguiente. Al fin, después de un gran tumulto de voces, entre las cuales se oía distintamente la de Mr. Pickwick, que se esforzaba en restablecer la paz, los habitantes de la casa se tranquilizaron, dirigiéndose todos á sus alcobas respectivas, y la calma se restableció.

Y durante este tiempo, dirá tal vez algún lector sagaz, ¿dónde estaba Samuel Weller?

En el siguiente capítulo diremos dónde estaba.

CAPITULO XXXVII

*Que explica satisfactoriamente la ausencia de Sam Weller, dando cuenta de una reunión á que fué invitado.
—De cómo Sam Weller fué encargado por Mr. Pickwick de una misión muy importante.*

—Mr. Weller — dijo mistress Craddock la mañana del memorable día cuyas aventuras acabamos de bosquejar; — aquí hay una carta para vos.

—Es extraño — respondió Sam; — temo que no sea cosa ninguna, porque no tengo ningún conocido que sepa escribir cartas.

—Tal vez ocurre alguna cosa extraordinaria — dijo mistress Craddock.

—Muy extraordinario tiene que ser. Algún temblor de tierra cuando menos. No puede ser de mi papá —

continuó mirando el sobre. — ¿De quién podrá ser esta carta?

Diciendo esto, Sam hizo lo que muchas personas hacen en iguales circunstancias, que es mirar el sello, el sobre, después el revés, y al fin, como último recurso, Sam creyó conveniente abrirla y salir de dudas.

—Está escrito en papel de canto dorado — dijo Sam, desdoblado el pliego, — y está sellado en cera verde con el ojo de una llave... Veamos.

Y con grave expresión de fisonomía, empezó á leer lo que sigue:

«Una reunión escogida de criados de Bath presentan sus cumplimientos á Mr. Weller y reclaman el placer de su compañía para una merienda amistosa, compuesta de una pierna de carnero con el aliño ordinario. La merienda se servirá en mesa á las nueve y media.»

Esta invitación estaba incluída en otro billete concebido en estos términos:

«Mr. Juan Smaker, el caballero que ha tenido el placer de encontrar á Mr. Weller en casa de su mutuo conocido Mr. Bantam hace algunos días, tiene el honor de transmitir á Mr. Weller la presente invitación. Si Mr. Weller quiere pasar á casa de Mr. Juan Smaker á las nueve, Mr. Juan Smaker tendrá el placer de presentar á Mr. Weller.»

Firmado,

Juan Smaker.

El sobre decía: *Al caballero Mr. Weller, en casa de Mr. Pickwick;* y entre paréntesis, en la esquina izquierda del sobre, estaban escritas estas palabras como una instrucción al portador: *tirad de la campaniya de la caye.*

—Pues es chistoso — dijo Sam; — nunca había oído hablar de meriendas de pierna de carnero cocida. ¿Cómo lo llamarían si fuera asada?

Sin embargo, sin perder más tiempo en aclarar este punto, Sam se dirigió al instante á casa de Mr. Pickwick y le pidió permiso que le fué fácilmente concedido. Con este permiso, y la llave de la puerta de la calle en el bolsillo, Sam salió un poco antes de la hora designada, y se dirigió á la plaza de la Reina. Allí tuvo la satisfacción de encontrar á Mr. Smaker, cuya cabeza empolvada, apoyada en un poste de farol, fumaba un cigarro con boquilla de ámbar.

—¿Cómo estáis, Mr. Weller? — dijo Mr. Juan Sma-